

◆ Capítulo 9

Aeropuertos y hoteles para una vida errante

Fernando Reati

A comienzos de marzo del año pasado (el 2020 que nadie quiere recordar por el Covid), justo en medio de las noticias que anunciaban el cierre progresivo de las fronteras y la suspensión de todas las actividades, un accidente nocturno causó un incendio en el cuarto de huéspedes de nuestra casa en Atlanta. Casi milagrosamente alcancé a apagar las llamas antes de que llegaran los bomberos, no sin primero quemarme la mano al arrancar y tirar al suelo unas cortinas de tela envueltas en fuego. El interior de la casa —paredes, techos, ropa, muebles— quedó ennegrecido de hollín y durante varios días hubo que emplear enormes extractores de aire provistos por la compañía de seguros para limpiar el ambiente irrespirable. Nuestra sobrina vivía con nosotros para asistir a la escuela secundaria en Atlanta, y tuvo que instalarse en otra habitación y dormir en un sofá porque el dormitorio incendiado quedó temporalmente sellado hasta que la aseguradora empezara a supervisar la reconstrucción. Una semana después, la madre de nuestra sobrina entró en pánico en Miami ante el anuncio de que pronto los aeropuertos cerrarían definitivamente, y le compró a su hija un pasaje en uno de los últimos vuelos para que pasara la pandemia con ella. Y a los dos o tres días mi universidad cerró y debimos improvisar la continuación de las clases a distancia, mientras que mi esposa puso llave a su consultorio de terapeuta para continuar atendiendo por teléfono. Así, de una vida relativamente normal pasamos en poco tiempo a un incendio, una pandemia, un tratamiento médico por mi mano quemada, rutinas de trabajo jamás antes experimentadas y una sobrina obligada a dejar la escuela y sus compañeros para continuar los estudios desde otra ciudad.

Fue en ese momento, diez días después del comienzo de la catástrofe, que una tarde sonó el teléfono y escuché una voz conocida que me llamaba desde el aeropuerto de Atlanta: Nora Strejilevich. Como relata ella misma en “Un viaje singular: al filo de la pandemia” (la crónica que publicó en *Latin American Literary Review*), venía de San Diego y trataba de regresar a Buenos

Lo decible de la desaparición

Hispanic Issues On Line Debates 10 (2022)

Aires en un complicado periplo de varios vuelos llenos de peripecias, trastornos, inconvenientes y demoras, con su cuota de esperas en aeropuertos y peleas con empleados de aerolíneas abrumados o simplemente indiferentes ante el reclamo de tantos pasajeros desesperados. Ella era, en pocas palabras, una más de los miles de viajeros azorados que en todo el mundo recurrían al eterno sálvese quien pueda con que la humanidad viene reaccionando desde hace milenios a los desastres.

Mi mente en ese momento estaba ocupada en la reconstrucción del dormitorio quemado y la limpieza de la casa, la ausencia súbita de nuestra sobrina, la urgencia por retomar contacto con estudiantes que me escribían desesperados preguntando qué hacer con computadoras defectuosas y señales de internet intermitentes, y noticias alarmantes provenientes de todo el mundo sobre el avance de un virus que pronto los argentinos denominarían “el bicho”. No sé cuánto entendí de lo que Nora me explicaba por teléfono, pero atiné a darle el número del consulado argentino en Atlanta y me tranquilicé cuando me dijo que la aerolínea había accedido a ponerla en un hotel cercano al aeropuerto en espera de un posible vuelo a Brasil al día siguiente. Con las autopistas prácticamente desiertas, ir a buscarla en ese momento era como cruzar corriendo las avenidas de Sarajevo bajo los francotiradores serbios (exagero, lo sé, pero me gusta la imagen), y el sofá que hacía poco había ocupado nuestra sobrina tras el incendio no era la mejor oferta de alojamiento.

Al día siguiente creo que hablamos por teléfono dos o tres veces más, conversaciones breves mientras Nora se contactaba con el consulado, la aerolínea y amigos en Buenos Aires que preparaban la logística de una cuarentena obligatoria para el caso de que lograra volver al hogar. Hacia la tarde llegó por fin la noticia añorada de que Delta la ponía en un vuelo a San Pablo y de allí Aerolíneas Argentinas la trasladaría a casa. Le deseé suerte, crucé los dedos y recién respiré tranquilo cuando, ya desde Buenos Aires, me envió un mensaje por WhatsApp para informarme que estaba tomando un té (o mate o café, la memoria no registra esos detalles) en su departamento.

Hoy esas impresiones se complementan con la lectura de la crónica donde Nora cuenta, desde su perspectiva, la huida del “bicho” y su fugaz paso por Atlanta. Eso refresca en mi mente la memoria de nuestros cruces y encuentros a lo largo de los años. Y de pronto caigo en cuenta: Nora es alguien que indefectiblemente asocio con aeropuertos y hoteles, idas y venidas, llegadas y partidas. Todos tenemos amigos que han pasado una vida entera en la misma casa, envueltos en rutinas previsibles que le dan cierto confort a su existencia (y a nosotros la certeza del reencuentro con lo familiar cuando los visitamos). Nora es la antítesis de todo eso. Como en aquella divertida comedia de 1987, *Planes, Trains and Automobiles* con Steve Martin y John Candy, todo en ella parece movimiento, saltando de un medio de transporte al otro, de una

habitación de hotel a la siguiente. Ella misma lo confiesa en su crónica: “subo y bajo de aviones como si fueran taxis” (“Un viaje” 90).

Esa fuga de la pandemia, prevista originalmente como Los Angeles-San Diego-Atlanta-Santiago de Chile-Buenos Aires, terminó convirtiéndose en Los Angeles-San Diego-Atlanta-San Pablo-Buenos Aires (el orden de los factores no altera el producto), y es un reflejo pálido del exilio que siguió a su secuestro en un centro clandestino en 1977, que Nora relata en *Una sola muerte numerosa*. Aquél fue un itinerario que le llevó varios años e incluyó estadias en Israel, España, Inglaterra, Italia, Canadá y Estados Unidos. Y no terminó ahí la cosa, porque una vez establecida como profesora universitaria comenzaron las exploraciones disfrazadas de viajes académicos: “Te vienen a la mente otros vuelos de un pasado remoto: de Israel y Egipto a España, de ahí a Italia, salto a Brasil, aterrizaje en Canadá, nueva partida a Argentina, Bolivia y Colombia” (*Un día* 46). Más que un exilio lo suyo fue una trashumancia (Real Academia: “Se denomina trashumancia al desplazamiento anual de los rebaños desde las zonas altas destinadas a pastos de verano a las zonas bajas, en las que el ganado pasa el invierno”). Por eso, cuando en *Una sola muerte numerosa* describe la surrealista (digna de Groucho Marx) entrevista con un confundido agente de inmigración canadiense para pedir asilo en ese país, Nora anota: “veo que no puede seguirle el hilo a la geografía de mi exilio. Mis rutas confunden a los funcionarios . . .” (160). En un mundo dividido por fronteras y nacionalidades, ella quiere “dejar de vivir en el territorio de los mapas donde no coinciden estaciones y ánimos” (161), pero eso es pedirle peras al olmo de la burocracia.

En efecto, mi recuerdo de los encuentros con Nora la ubican en Washington DC para un congreso que compartimos con un par más de ex desaparecidos; en otro congreso en el bello pueblo italiano de Gargnano, frente al lago de Garda (en el palacio que fue el último alojamiento de Mussolini antes de ser capturado y colgado cabeza abajo); en Buenos Aires para la marcha del 30 aniversario del golpe militar en 2006 (riéndonos porque después de asistir a una muestra de arte sobre violaciones a los derechos humanos fuimos a tomar café en el aristocrático restaurante La Biela en Recoleta); otra vez en Buenos Aires, pero esta vez para la marcha del 40 aniversario del golpe militar en 2016 (*nos vamos poniendo viejos*, canta Mercedes Sosa . . .). Además, en encuentros por Skype con mis estudiantes de Atlanta para discutir el testimonio y la memoria o en un hotel reciclado de Buenos Aires que antes fue una fábrica suiza de zapatos. En pocas palabras, nada convencional ni rutinario.

En todos esos encuentros hablamos de lo consabido: genocidios, torturas, campos de concentración y demás lindezas a las que Nora, con su imperturbable humor negro, priva de dramatismo engolado sin por eso restarles importancia. Ella es de las que pueden hablar de cosas serias sin necesidad

de impostar la voz para sonar como persona seria. Hay una breve risita de Nora que guardo en la memoria de nuestras muchas conversaciones, algo así como tres exhalaciones cortas (*je, je, je . . .*) que son una mezcla de ironía, sarcasmo y resignación ante la adversidad. La imagino parecida a la “risita de chivo” con que los presos políticos respondían a ciertas situaciones traumáticas según Mario Paoletti, otro ex detenido y exiliado que ha escrito sobre la experiencia carcelaria bajo la dictadura (*Memorias de un renegado* 10). Por eso, a Nora parecen causarle mucha gracia los típicos tics de la burocracia que se entrelazan con la incompetencia y el autoritarismo (desde el funcionario menor que disfruta con hacerse rogar hasta el que decide en asuntos de vida o muerte). Son esos mecanismos institucionales a los que no se puede responder sino con la burla (Mariano José de Larra en “Vuelva usted mañana”) o la exhibición desnuda del absurdo (Kafka en *El proceso*). En *Una sola muerte numerosa*, por ejemplo, es el trámite necesario para probar legalmente que estuvo desaparecida cuando por su naturaleza misma la desaparición es ilegal:

Del tercer piso me mandan al primero, y del primero me mandan al tercero. Los del tercero me explican que un desaparecido que se precie de tal tiene que figurar en una causa. La razón es absolutamente lógica: por no figurar en ninguna planilla de entrada y salida no se lo puede catalogar con precisión. Al final no sé si los desaparecidos somos, estamos, fuimos o estuvimos, pero seguro que tendremos que probarlo. (183)

En la crónica de la huida de la pandemia, es el encuentro con una doctora en San Diego que, después de que unos enfermeros revisan a Nora vestidos como astronautas, “cubiertos de pies a cabeza, con plástico alrededor de las botas que luego se sacan y descartan, al igual que los guantes” (“Un viaje” 92), le informan que no se le puede hacer el test del Covid porque no está lo suficientemente grave como para aceptarla en el hospital, ante lo cual Nora promete volver cuando esté a punto de morir.

En *Un día, allá por el fin del mundo*, Nora escribe: “La mano del humor (negro) nos permite que la iracundia no nos lleve, como a Van Gogh, a mutilarnos” (204). No sé cuánto de ese humor negro es producto del cinismo argentino y cuánto del judío que se ríe de sus propias desgracias, pero lo cierto es que Nora no hubiera sobrevivido sin él, igual que el pueblo judío no podría resistir la persecución sin la risa como mecanismo de autoconservación. (La contracara del humor judío es la melancolía, la cara triste del payaso debajo de la sonrisa, y algo de eso hay en Nora, pero eso sería materia de otro escrito).

Alguien dijo que el alemán es una lengua similar al idish, aunque sin su humor, y todos sabemos chistes de madres judías y rabinos astutos: una madre judía le compró dos corbatas a su hijo el doctor, una roja y otra azul . . . un rabino discutía con un cura y un pastor evangélico cuánto dinero donado por la congregación dar a Dios y cuánto a su representante en la tierra . . . No es bueno generalizar y sin embargo es inevitable asociar ese rasgo burlón de Nora a su condición de doble o triple perseguida —izquierdista, mujer y encima judía— a los ojos de quienes la secuestraron: el judío, como los presos de Paoletti, no se ríe a carcajadas sino con “risita de chivo” para burlarse de sus opresores sin que se note demasiado.

Y si de generalizaciones se trata, ¿cómo no asociar el interminable ir y venir de Nora de hotel en hotel y de avión en avión con la figura del judío errante? Claro está, en la fábula original se trata de un judío condenado a errar eternamente por el mundo por burlarse de Cristo en el camino al Calvario, y Nora se hubiera burlado de los soldados romanos y jamás del pobre suplicado. Pero esa imagen, que en su inicio contenía una moraleja preñada de antisemitismo, hoy se presta más al exiliado, el migrante, el trashumante que ignora los límites geográficos y da un rodeo para evitar la casilla del guardia fronterizo que quiere impedirle el paso. “Como mi ecuación es el exilio errante, la idea de volver a casa no me resulta familiar”, escribe en la crónica de su huida de la pandemia (“Un viaje” 93). Por eso, habla de las “múltiples vidas que hasta ahora atravesé y que aún me esperan” (91) y se pregunta “cuál era mi lugar: si acá o allá o todo lo contrario” (93). Otras palabras que abundan en su vocabulario son andariega, nómada, ambulante, vagabunda (*Un día* 54, 57). Cosa curiosa: siendo dueña de tres nacionalidades, Nora todavía encuentra resistencias a la libre circulación. En el aeropuerto de Atlanta le informan que debido a la pandemia en Chile no la dejan entrar y ella muestra “no sin cierta pedantería” (“Un viaje” 94), sus tres pasaportes —argentino, canadiense y estadounidense—, pero se queda de una pieza cuando le responden que en el país trasandino sólo aceptan viajeros provenientes de Corea del Sur y Singapur. A seguir errando, pues.

Como resultado de ese constante trajinar, conozco pocas personas que hayan perdido tantos pasaportes y documentos de identidad en su vida y que sin embargo logren reírse de sí mismas tanto como lo hace Nora. En múltiples ciudades se le pierden los bolsos o se los roban o se olvida de ponerlos en el maletero o el baúl o el portaequipajes de un autobús o un avión o un taxi . . . Y siempre dentro de ellos hay pasajes, cédulas, papeles de importancia, gafas de lectura imprescindibles. Leer sus relatos de viaje en *Un día, allá por el fin del mundo* y comprobar que ese tipo de sorpresas terminan por no sorprender a nadie (y menos a ella misma) es como verse una de Chaplin repetida: ya se sabe lo que viene, pero igualmente uno se divierte.

De aquí para allá, de allá para acá y siempre con su cuaderno de notas y su visión perspicaz de las cosas para captar lo absurdo y risible de la existencia. De Guatemala en Guatepeor, de la sartén al fuego, de estar encanada a estar en Canadá (en la cárcel decíamos en broma que estábamos “en Canadá” porque en Argentina a la policía se la llama “cana” y estar preso es estar “encanado”). Y siempre con una sonrisa irónica y un humor tipo Woody Allen (el de *Bananas* o *El dormilón*, porque hoy Woody Allen nos recuerda al tío viejo que nos aburre con sus chistes verdes). Si, como se dice, la sabiduría consiste en hacer limonada cuando lo que nos tocó en suerte son limones, Nora ha sabido aprovechar al máximo las cartas que le tocaron en el reparto. En *Un día, allá por el fin del mundo* cuenta que en un seminario discutió con sus estudiantes el cuento de Cortázar “El otro cielo” y describe así la experiencia: “Fue un éxito: comentamos el ir y venir de la trama entre ciudades y etapas que conviven en el relato. Me gustaría que capten que también la vida es una superposición de espacios y tiempos” (184). Como el personaje del cuento que por medio de un túnel va y viene entre Buenos Aires y París en diferentes épocas, Nora viaja, se traslada, cambia de lugar y nos sorprende porque es siempre otra y siempre la misma. Y esto no es cuento.

Obras citadas

- Paoletti, Mario. *Memorias de un renegado. Historias de la cárcel y del exilio y del desexilio*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2020.
- Diccionario Escolar De La Real Academia Española*. Madrid :Espasa, 1996.
- Strejilevich, Nora. *Una sola muerte numerosa*. Miami: North-South Center Press, 1997.
- _____. “Un viaje singular: al filo de la pandemia”. *Latin American Literary Review* 47, 94 (2020): 90–95.
- _____. *Un día, allá por el fin del mundo*. Santiago de Chile: LOM, 2019.

Reati, Fernando. “Aeropuertos y hoteles para una vida errante.” *Lo decible de la desaparición*. Ed. Ana Forcinito y Griselda Zuffi. *Hispanic Issues On Line Debates* 10 (2022): 97–102.
